Paul Strathern

Filósofos en 90 minutos

MAQUIAVELO



El nombre de Maquiavelo produce todavía escalofríos; sigue siendo sinónimo del mal a más de 350 años de su muerte. Y sin embargo, Maquiavelo no era un hombre malvado. Intentó que su filosofía del Estado fuera científica, esto es, que no hubiera en ella espacio para el sentimiento o la compasión ni, en última instancia, para la moral. Los consejos de Maquiavelo a un príncipe sobre cómo conservar el poder y gobernar con la mayor ventaja posible para sí mismo son muy racionales y penetrantes en lo psicológico. Más que simplemente

una filosofía política de su tiempo, refleja una de las más profundas y perturbadoras verdades sobre la condición humana.

En Maquiavelo en 90 minutos, Paul Strathern presenta un recuento conciso y experto de la vida e ideas de Maquiavelo, y explica su influencia en la lucha del hombre por comprender su existencia en el mundo. El libro incluye una selección de escritos de Maquiavelo, una breve lista de lecturas sugeridas para aquellos que deseen profundizar en su pensamiento y cronologías que

sitúan a Maquiavelo en su época y en una sinopsis más amplia de la filosofía.



Paul Strathern

Maquiavelo en 90 minutos

Filósofos en 90 minutos - 13

ePub r1.0

Titivillus 30.10.15

Título original: *Machiavelli in 90 minutes*
Paul Strathern, 1998
Traducción: José A. Padilla Villate
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Introducción

El nombre de Maquiavelo produce todavía escalofríos; sigue siendo sinónimo del mal a más de 350 años de su muerte. Y sin embargo, Maquiavelo no era un hombre malvado. Como veremos más adelante, su filosofía política no era malvada *en sí misma*; era simplemente extremadamente realista.

La reacción que produce dice más acerca de nosotros que del propio

Maquiavelo. Intentó que su filosofía del Estado fuera científica, esto es, que no hubiera en ella espacio para el sentimiento o la compasión; ni siquiera, en última instancia, para la moral.

El Príncipe es la obra maestra de Maquiavelo, un escrito breve por el que siempre será recordado. Es un libro de consejos a un príncipe sobre cómo regir su Estado y es altamente racional; penetrante en lo psicológico y se dirige sin pamplinas al corazón del asunto. El interés primordial de un príncipe a la cabeza de un Estado es conservar el poder y gobernar con la mayor ventaja posible para sí mismo. Maquiavelo se propone mostrar cómo se consigue esto

utilizando un caudal de ejemplos históricos y con total carencia de sentimentalismo; directamente al grano: he aquí la fórmula.

La filosofía política de Maquiavelo refleja íntimamente su vida, su tiempo y su circunstancia. Pasó la mayor parte de su existencia profundamente involucrado en la política de la Italia del Renacimiento. Vemos aparecer los lineamientos de su filosofía, un rasgo tras otro, a medida que progresa su aventura vital, hasta que, de pronto, cae en desgracia y es privado de todo lo que considera ser su vida. Despojado y en total desesperación, se sienta y escribe su obra maestra, *El Príncipe*. En unos

pocos meses de máxima inspiración, da rienda suelta a toda su filosofía política, completa y acabada. Su dureza refleja tanto la dureza de la vida política que ha visto como el rigor del golpe que acaba de sufrir. Es, sin embargo, algo más que simplemente una filosofía política de su tiempo; el pensamiento de Maquiavelo señala con precisión el aspecto central de la filosofía política de todas las épocas, desde Alejandro Magno a Saddam Hussein y, como veremos, presenta una de las más profundas, y profundamente perturbadoras, verdades sobre la condición humana.

Vida y obra

Nicolás Maquiavelo (Niccolò Machiavelli) nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Venía de una antigua familia toscana que había alcanzado en el pasado alguna notabilidad, si bien no era una de las grandes y poderosas familias de Florencia, como los banqueros Pazzi o los Médicis. Cuando Nicolás aparece en escena, la rama de su familia se encontraba en una situación

difícil.

El padre de Maquiavelo, Bernardo, era un abogado pillado en falta por el recaudador de impuestos y había sido declarado deudor insolvente, de modo que le fue prohibido por ley el ejercicio de su profesión. Nadie espera que un abogado tome la ley al pie de la letra, así que Bernardo se las ingenió para seguir en la práctica de la abogacía, ofreciendo sus servicios, más baratos, a gentes que se encontraban en situación pecuniaria similar a la suya. Su única otra fuente de ingresos era una pequeña finca que había heredado, situada a unos once kilómetros al sur de Florencia, en el camino hacia Siena. Éste era un lugar

idílico entre las colinas toscanas, pero las uvas y el queso de cabra apenas daban para mantener una familia. La vida en la casa de los Maquiavelo era austera. Como más tarde diría Maquiavelo: “Aprendí a privarme antes que a disfrutar”. Bernardo no podía sufragar una educación regular para su hijo. De vez en cuando, algún erudito en dificultades era contratado como tutor. Sin embargo, Bernardo no había sido siempre un abogado deshonrado y tenía su propia biblioteca, en la que el joven Nicolás leía intensamente, especialmente los textos clásicos. Al pálido y apocado joven se le encendía la imaginación con las maravillas de la

antigua Roma.

El niño aislado dio paso a un adolescente solitario de mirada tímida y oblicua, que le daba un aspecto extrañamente culpable. Observaba el mundo a su alrededor, midiéndose fríamente frente a él, comparándolo con lo que sabía por sus lecturas. Incluso en su aislamiento no podía menos que darse cuenta de su inteligencia superior. Era igualmente testigo de la nueva actitud humanista que comenzaba a permear muchos de los aspectos de su ciudad. Florencia estaba emergiendo del torpor intelectual de la vida medieval: la ciudad estaba alerta, viva, segura de sí. Italia estaba dirigiendo la civilización

occidental hacia el Renacimiento. Era posible soñar con que Italia podría de nuevo ser unida y grande, como lo había sido en los días del Imperio Romano. El joven y perspicaz Nicolás comenzó a ver (y a imaginar) parecidos entre su ciudad y Roma en la cúspide de su poder: la Roma del segundo siglo después de Cristo, la época en que vivió Marco Aurelio, filósofo estoico, general, emperador. El Imperio se extendía entonces desde el Golfo Pérsico a la Muralla de Adriano, el Senado tenía el poder suficiente de hacerse oír y los ciudadanos eran felices y prósperos como nunca. Alimento embriagador para una mente joven e

inquieta a quien un padre arruinado no podía servir de modelo; la historia, en su lugar, proporcionaría un sueño más abstracto.

La comprensión que Maquiavelo se hizo del apogeo del Imperio Romano no estaba nublada por la retórica de un maestro erudito. Por otra parte, no dejaba de acudir a las charlas públicas que daban los grandes sabios humanistas que estaban haciendo entonces de Florencia el centro intelectual de Europa. Ejemplar característico era Policiano, uno de los mejores poetas del tiempo posterior a Dante; sus versos combinaban las florituras retóricas con la franqueza y la vivacidad del italiano

florentino cotidiano de modo que los estudiosos de la Universidad de Florencia aprendieron pronto a imitar su elegante poesía. Sin prestar atención a las modas intelectuales, Maquiavelo modificaba este mismo italiano florentino hacia una prosa más clara y directa, combinando la manera formal con el uso popular. El italiano se encontraba en su infancia y se había desarrollado, en menos de dos siglos, a partir del dialecto toscano, desplazando al latín como idioma literario, pero ya había producido su más grande poeta, Dante, y estaba a punto de producir, con Maquiavelo, su mejor escritor en prosa.

Los jóvenes estudiantes se quedaban

en la Piazza della Signoria después de las charlas públicas, intercambiando opiniones, las últimas noticias del día y los chismes. Pronto se dio a conocer el joven frío de mirar malicioso. Sus comentarios mordaces, sus agudezas (especialmente a costa del clero), sus penetrantes visiones intelectuales, todo ello dejaba su huella, tal y como él pretendía. Sabía bien lo que estaba haciendo: se estaba haciendo un sitio. (Y, casi sin saberlo, se estaba también creando a sí mismo). Aunque fuera de extracción social modesta, se sabía mejor que cualquier otro y sus burlas enmascaraban una altanería desdeñosa. Se convirtió en el centro de la atención

porque sabía que el camino del éxito consistía en ganar popularidad. Sólo los más perspicaces de entre sus amigos se percataron del frío corazón que había tras la máscara, aunque esto les atraía aún más, por piedad, respeto o curiosidad. Un corazón frío era una rareza entre la sangre joven y volátil de la Florencia del Renacimiento.

Pero ¿por qué precisamente Florencia había llegado a ser el centro del Renacimiento? Era una ciudad de escasa significación política o militar y, sin embargo, había alcanzado una influencia desproporcionada con su situación provinciana.

La respuesta obvia es el dinero. Los

banqueros florentinos, tales como las familias Médicis, Pazzi y Strozzi, controlaban la nueva tecnología de su tiempo. La banca de negocios era la tecnología revolucionaria de las comunicaciones de su época y su desarrollo durante el siglo XIV había ido transformando el comercio y las comunicaciones por toda Europa. La riqueza podía ser transferida, en forma de crédito o de giros bancarios, de uno a otro confín del continente, liberando al comercio de las trabas usuales del trueque o del pago al contado. Las sedas y las especias que llegaban por tierra a Beirut desde el Extremo Oriente podían comprarse por transferencias financieras

y embarcadas hacia Venecia.

La segunda profesión más antigua es la de intermediario y una de las reglas invariables en el manejo del dinero es que una parte queda adherida a cada mano por la que pasa. Pieles de foca y aceite de ballena que se embarcaran en Groenlandia con destino a Brujas servirían para pagar los derechos papales, que podían ser transferidos por giro bancario al Vaticano en Roma. Ahí residía el corazón del negocio. Los ingresos papales llegaban desde parroquias, diócesis y gobernantes de toda la Cristiandad, que, aparte de las fronteras nacionales, se extendía desde Portugal hasta Suecia, desde

Groenlandia hasta Chipre. Sólo los mejores banqueros con ramas confiables a lo largo de las rutas comerciales de toda Europa eran capaces de manejar tan extensos ingresos, desde sus lejanas fuentes, a través de afluentes tributarios, hasta su última boca. Era inevitable que hubiera una gran competencia por obtener esta selecta cuenta, lo que involucraba las acostumbradas habilidades de las grandes empresas bancarias: marrullería política, sobornos, contabilidad creativa, etcétera. Los Médicis se hicieron en 1414 con el gran premio al convertirse en banqueros papales y, por medio de maniobras similares, la familia obtuvo

el control del gobierno de Florencia, ostensiblemente democrático y republicano. En 1434, Cosme de Médicis era no sólo el hombre más rico de Europa, sino que Florencia era prácticamente su feudo privado.

La ciudad florecía como nunca antes y alcanzaba renombre internacional. La moneda local, el florín (que recibía el nombre de la ciudad) se convirtió en el dólar de la época. En el caso de las monedas europeas (a menudo con diferentes monedas circulando en el mismo país), el florín era la moneda internacional de referencia. Las transacciones financieras tuvieron igualmente su importancia en el

establecimiento del dialecto florentino como idioma italiano. La riqueza dio origen a una confianza en sí mismos que se alejaba de las visiones medievales y prescindía de la camisa de fuerza de la Iglesia. Se reinterpretaron a la luz de la realidad circundante las homilías bíblicas relativas al dinero ("Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos", etc.). Los libros de contabilidad de los Médicis llevaban el encabezamiento descarado de "En el nombre de Dios y de los beneficios".

Pero el dinero no era la única causa de la preeminencia de Florencia. Lo era también la forma como gastaban su

dinero. La estrecha asociación de los Médicis con la Iglesia les dio acceso al funcionamiento íntimo de esta floreciente organización comercial (había cardenales con cuentas dedicadas exclusivamente a los gastos de sus amantes). A pesar de estas decepcionantes revelaciones, los Médicis permanecieron como firmes e incondicionales creyentes. Pero quedaba el hecho de que la función central de la banca —esto es, la usura— había sido prohibida expresa e inequívocamente por la Biblia. ("No prestarás dinero a interés". Levítico 24:37. "No practicarás la usura". Éxodo 22:25; etc. etc.).

Esto perturbaba cada vez más el ánimo de Cosme de Médicis, a medida que avanzaba en años. Con el fin de calmar su sentimiento de culpa (y quizá de comprar para sí un menor tiempo de fuego en el infierno y de condena) se puso a prodigar sumas extravagantes en la restauración de iglesias, en la construcción de otras nuevas y en adornarlas con las mejores obras de arte. Los Médicis se convirtieron en los mayores mecenas que ha conocido el mundo. La pintura; la arquitectura; la literatura y la erudición florecieron como resultado de la munificencia de los Médicis. La nueva confianza en sí mismos de los humanistas y el generoso

mecenazgo se combinaron; a la vez que lo estimulaban; con un resurgir de los conocimientos de las Grecia y Roma antiguas. Esto fue el auténtico Renacimiento. Los restos del saber clásico que quedaron en Europa en la Edad Media habían sido asfixiados por las enseñanzas del escolasticismo, y los textos originales oscurecidos por siglos de "interpretación" cristiana. Comenzaron allegar a Europa otros textos que habían sobrevivido en el Medio Oriente. Su claridad y sabiduría eran una revelación. La filosofía, las artes, la arquitectura, las matemáticas, la literatura, todo se transformaría con este renacer del conocimiento antiguo. La

propia manera de ver el mundo se transformaba. La existencia había dejado de ser una prueba de paciencia en preparación para el otro mundo para convertirse en el escenario en el que se desplegaban las capacidades de cada uno. Maquiavelo lo absorbió todo. Ésta era su oportunidad: él vería el mundo como es, no como debería ser.

Florencia atraía a los mejores talentos de Italia, que era a la sazón el país más avanzado culturalmente de Europa. Miguel Angel, Rafael, Botticelli trabajaron en Florencia durante los últimos años del siglo XV y acudieron a la ciudad mentes del calibre de Leonardo. Pero Florencia también daba:

uno de los amigos de Maquiavelo era Amerigo Vespucci; que había de ser uno de los primeros exploradores del Nuevo Mundo (de su nombre recibiría éste su denominación). El futuro gran historiador de Italia, Francesco Guicciardini; era también amigo suyo; juntos acudían a las charlas públicas que daba el deslumbrantemente brillante Pico della Mirándola; el más grande filósofo del Renacimiento y un protegido más de Lorenzo el Magnífico. Pico retaba a las más preclaras mentes de Europa a debatir con él sus opiniones ya a los veintitrés años (moriría a los treinta y uno); con el espaldarazo de haber sido acusado de herejía por el

mismo Papa. Maquiavelo no era el único en admirar a Pico; Miguel Angel se refería a él como “un hombre casi divino”. Sus discursos y tratados sobre temas como la dignidad humana eran el epítome del pensamiento renacentista; combinaban los más sutiles elementos de la filosofía clásica con curiosos restos del pensamiento hermético (tomados de la alquimia; la magia o la Cábala). Por otra parte, su manera de pensar era a menudo altamente científica y sus ataques a la astrología (en realidad, desde un punto de vista religioso) habían de ejercer influencia en el astrónomo del siglo XVII, Johannes Kepler, en sus ideas sobre el

movimiento planetario.

Esta extraña mezcla de teología cristiana, saber clásico, actitud científica embrionaria y magia medieval era típica del pensamiento contemporáneo. El Renacimiento marca la ruptura definitiva entre la Edad Media y la Edad de la Razón y está a caballo entre ellas, de manera que en las mentes más preclaras del periodo se encuentran elementos de ambas épocas. El mundo de Shakespeare, por ejemplo, está intoxicado por una mezcla embriagadora de individualismo humanista y superstición medieval. (No en vano el gusto clásico francés le tuvo por bárbaro hasta bien entrado el siglo XIX). Así

también, la nueva ciencia de la química se apoyaba para su metodología en las técnicas de la alquimia.

Maquiavelo fue en esto una excepción. Tenía una mente independiente, debido quizá a su educación. Sus escritos están en su mayor parte (escandalosamente) libres de ilusiones y supersticiones, si bien en sus cartas se revela que subscribía, tal vez semi-irónicamente, las usuales tonterías de la astrología y las supersticiones florentinas de entonces.

La apoteosis de la Florencia del Renacimiento se alcanzó bajo Lorenzo el Magnífico, que gobernó desde 1478 hasta el año en que Colón llegó a

América. Lorenzo el Magnífico era nieto de Cosme de Médicis, reconocido como *pater patriae*. Lorenzo hizo sin duda honor a su apodo. Estadista, mecenas y poeta, habría merecido un lugar en la historia de Italia por sus logros en cualquiera de estas esferas. Los ciudadanos de Florencia reconocían la grandeza que traía a su ciudad y él, por su parte, estimulaba una atmósfera esplendorosa, libre y confiada, con carnavales, procesiones espectaculares y torneos. El perspicaz Guicciardini describió a Lorenzo como "un tirano benévolo en una república constitucional".

Sin embargo, bajo el brillo de la

superficie, la sociedad florentina tenía su lado oscuro: agrias maquinaciones y una volatilidad social inyectada de testosterona. La vestimenta, hecha para pavonearse, de calzas de seda y jubones de terciopelo, se lucía con dagas y espadas. Puede ser que éstas sirvieran de exhibición (o así habría dicho Freud), pero no eran sólo de adorno. Eran en extremo frecuentes las erupciones de violencia súbita y letal.

El propio Maquiavelo ha debido de ser testigo de la peor de entre ellas: la llamada Conspiración de los Pazzi, ocurrida en 1478, justo después de que la familia Pazzi lograra convertirse en los banqueros papales. (Lorenzo era tan

magnífico manirroto como su abuelo había sido ahorrador: hasta sus más leales partidarios admitían que no estaba hecho para banquero). Una vez que se habían hecho con la principal fuente de dinero, los Pazzi estaban decididos a apoderarse también de Florencia.

La familia Pazzi tramó un plan para asesinar a Lorenzo y su hermano menor Julián durante la misa de Semana Santa, mientras que su cómplice, el arzobispo de Pisa, ocuparía el Palazzo Vecchio, sede del consejo y del gonfaloniero (el gobernante oficial electo de la ciudad). Miembros de ambas familias, los Pazzi y los Médicis, encabezaron la procesión

de Semana Santa, mezclados desenfadadamente y del brazo según entraban en la catedral. A la señal convenida (la elevación de la hostia por el sacerdote), los Pazzi desenvainaron súbitamente sus dagas. Julián fue acuchillado de muerte ante el altar; uno de sus asesinos le atacó con tal frenesí que hundió su cuchillo en su propia pierna y no pudo seguir en la operación. Mientras, Lorenzo se defendía furiosamente con su espada, con la ayuda de su compañero Policiano. La intervención de su amigo poeta salvó la vida de Lorenzo y éste pudo escapar a la sacristía con sólo un rasguño en el cuello.

Entretanto, a menos de 400 metros, en el Palazzo Vecchio, se escenificaba la otra parte del complot. El arzobispo de Pisa, adornado de toda su gala episcopal, subía las escaleras hacia la cámara del consejo, seguido discretamente de los otros conspiradores Pazzi. Se encontraron con el gonfaloniero, que entró inmediatamente en sospechas y llamó a los guardias. El arzobispo fue apresado e interrogado. Tan pronto como el gonfaloniero descubrió lo que estaba pasando ordenó perentoriamente que se colgara al arzobispo. El clérigo fue atado y arrojado por la ventana, con toda su indumentaria de gala y con una

cuerda alrededor de su cuello. Poco después fue igualmente arrojado su principal cómplice Pazzi, también con una cuerda alrededor del cuello. Abajo, la muchedumbre se burlaba mientras observaba a los dos hombres atados colgando desde el balcón y golpeándose desesperadamente en un intento por salvarse. Podía oírse a lo lejos el coro de aullidos que venía desde la catedral, con la multitud despedazando a los otros conspiradores.

Puede imaginarse el efecto que tal escena tendría en el joven Maquiavelo. Había sido testigo de la historia, de un hecho que nunca se olvidaría. Todo ocurrió de un modo rápido, decisivo y

horrendo. Y la victoria fue para aquel que había actuado con más rapidez, más decisión y más horriblemente. (Haz a los otros lo que ellos te harían a ti, pero hazlo antes y terminantemente). Ésta fue la instructiva educación política que recibió Maquiavelo.

Pero hasta los florentinos llegarían a cansarse de las sensaciones de tales diversiones públicas. La popularidad de los Médicis menguó y algunos acontecimientos externos fueron causa de serias derrotas. En 1494, apenas dos años después de la muerte de Lorenzo el Magnífico, los Médicis perdieron el poder y fueron obligados a huir de la ciudad. Este hecho fue precipitado por

la entrada en Florencia del rey francés Carlos VIII con sus tropas victoriosas, un acontecimiento inaudito. Si bien la ocupación de Florencia por Carlos VIH fue un hecho simbólico y terminó en pocos días, sí marcó una nueva fase en Florencia. Las guerras eran ahora algo serio: la ciudad estaba en peligro de perder su independencia a manos de una potencia extranjera. Al asistir, entre la multitud silenciosa, al paseo triunfante de Carlos VIH por las calles, su lanza en alto, Maquiavelo se sintió profundamente avergonzado de ver su ciudad tan humillada. Sintió vergüenza como florentino y como italiano. He aquí, ante sus ojos, otra instructiva

lección política. Sólo una Italia unida podría oponerse al poder del francés.

Idos los Médicis, Florencia cayó bajo la influencia del exaltado fraile Savonarola, que protestaba amargamente contra la corrupción del papado (una fuente abundante de amonestaciones sobre las debilidades de la carne). Savonarola, el Ayatolá Jomeini de su tiempo, introdujo un régimen a base de sermones sobre las llamas del infierno y una abstinencia infernal. Se acabaron los días felices de los festivales y los asesinatos espectaculares. Savonarola instituyó la "hoguera de las vanidades", a la que los ciudadanos entregarían sus obras de arte y sus bellos atuendos (si

bien escondieron sus mejores atuendos y sus más bellas obras de arte en espera de tiempos mejores).

La República Cristiana de Savonarola duró cuatro años (1494-1498). Hasta la delicada y mágica primavera de Botticelli sucumbió ante las plúmbeas agonías bíblicas. Pronto le llegó a Savonarola el turno en la hoguera y recibió su debido martirio. Maquiavelo debió ser testigo también de este acontecimiento pavoroso. Otro poco más de historia de la que sacar lecciones.

El moderado Soderini fue elegido gonfaloniero de Florencia en 1498 y Maquiavelo emerge de entre las

sombras. Su gran biógrafo italiano, Villari, presenta al Maquiavelo de veintinueve años como una figura poco atractiva, por no decir extraña. Delgado, con ojos pequeños y brillantes como cuentas, cabello negro, cabeza menuda, nariz aguileña y boca apretada. Y sin embargo, “todo en él producía la impresión de un observador agudo y una mente penetrante, pero no de alguien capaz de influir mucho en las gentes”. Villari menciona su “expresión sarcástica”, “aire de calculador frío e inescrutable”, y “poderosa imaginación”. No precisamente el tipo de persona que despierta un afecto cálido. No obstante, Maquiavelo ha

debido impresionar a mucha gente influyente. Antes incluso de la caída de Savonarola fue propuesto para la secretaría de la Segunda Cancillería, que se encargaba de los asuntos exteriores; pero fue derrotado por los votos de la fracción de Savonarola. Maquiavelo accedió al puesto cuando Soderini tomó el poder. Poco después fue votado para secretario del Consejo de los Diez, los Diez de la Guerra, que era el comité que se ocupaba de los asuntos militares. Estos cargos habrían de adquirir importancia cada vez mayor en los años siguientes; algo había en este hombre frío, inteligente, taimado que llamó la atención de Soderini.

Maquiavelo era, en realidad; extremadamente leal; a pesar de su furtiva apariencia. Su lealtad y su intelecto desapasionado eran virtudes raras en el apasionado; tortuoso mundo de la política italiana. Soderini vio en él a alguien capaz de medir y estimar en su justo valor cualquier situación.

Maquiavelo fue enviado, como secretario de la Segunda Cancillería; a las ciudades-estado vecinas en gestiones diplomáticas no consideradas lo suficientemente importantes como para que un embajador en misión oficial las encabezara. Así comenzó a afilar las garras en los vericuetos de las intrigas diplomáticas, a la vez que enviaba

informes claros llenos de valoraciones francas; demostró su talento con una habilidad considerable en un mundo lleno de trampas y tentaciones. He aquí algo en verdad raro: un zorro en el que se podía confiar, un hombre leal, si bien sólo a sus amigos y a su ciudad. En otras esferas, la apariencia reflejaba al hombre, con un efecto convenientemente impresionante.

Al cabo de pocos años se le confió su primera misión importante: a la corte del rey francés Carlos VIII. Los resultados de esta misión eran vitales para la seguridad de Florencia. A finales del siglo XV, las ciudades-estado, divididas y en continua pendencia,

estaban amenazadas por dos flancos. Por el norte estaban a merced de Francia, que veía la posibilidad de extender sus territorios dentro de la península italiana. Por el sur, el poderoso reino de Nápoles, en manos de los españoles, tenía ambiciones territoriales similares. Florencia tenía que actuar con delicada habilidad de equilibrista.

Maquiavelo pudo observar de primera mano la organización política de una nación grande y poderosa de Europa durante sus cinco meses en Francia, en 1500. Su misión no alcanzó ninguna conclusión, esto es, tuvo éxito: Florencia permaneció tentativamente como aliada y Francia no la engulliría

por ahora.

Maquiavelo regresó a Florencia en 1501, para casarse con Marietta di Luigi Corsini, de una familia de situación social similar a la suya, aunque los Corsini habían sabido conservar su dinero y podían aportar una dote razonable. No era una boda por amor y en esto seguían la costumbre de la época; el matrimonio era un acontecimiento social que unía dos familias en una alianza provechosa. Por fortuna, Nicolás y Marietta hicieron buenas migas.

Maquiavelo sintió siempre un profundo afecto por su esposa y, a juzgar por sus cartas, Marietta le correspondió.

Tuvieron cinco hijos. Tales matrimonios de conveniencia devenían frecuentemente en una sólida amistad, llena del respeto y la consideración que suelen marchitarse entre las expectativas más combustibles del amor romántico. Era, sin embargo, un arreglo asimétrico, en cierto modo, pues Maquiavelo solía entablar relación con una dama libre siempre que se encontraba en misiones que le mantuvieran algún tiempo en una ciudad extranjera. De las cartas a sus amigos masculinos se desprende que también le nacía un gentil sentimiento hacia esas compañeras, y a ellas hacia él, lo cual daba pie a las bromas de sus amigos en sus respuestas. Ninguna

correspondencia amorosa de Marietta ha llegado a las ardientes manos de la historia, pero si hubiera habido sospecha de tales cosas, las consecuencias habrían sido horribles para ella, y mucho peores para su amigo. La actitud italiana al respecto era abierta, pero sólo por un lado. Esta actitud asimétrica informaría también la filosofía política de Maquiavelo, según la cual no había relaciones de igualdad y el socio dominante impone las reglas y queda libre de actuar en su propio interés.

Florencia se enfrentaba ahora a una nueva amenaza. El hijo del Papa, el famoso César Borgia se estaba

sirviendo del ejército papal, con la ayuda de tropas francesas, con el fin de conseguir un principado independiente para sí mismo en el centro de Italia. Toda la región entró en efervescencia cuando Borgia se puso en marcha hacia el norte de Roma y conquistó territorios tan lejanos como Rimini, en la costa adriática.

En un intento por estabilizar los territorios florentinos, Soderini fue electo gonfaloniero de por vida, algo sin precedentes en una ciudad que tanto se enorgullecía de su republicanismo. (Incluso los Médicis habían gobernado sólo *por medio* de gonfalonieros electos).

Maquiavelo fue enviado a una serie de misiones que tenían por objeto informar de rebeliones en los territorios florentinos y como embajador en el cuartel general de Borgia (un puesto equivalente al de espía acreditado residente). El día antes de su llegada, Borgia había tomado la estratégica ciudad de Urbino en un asalto relámpago. A Maquiavelo le deslumbró la brillantez de la táctica implacable de Borgia.

Uno de los informes a Florencia de Maquiavelo se titulaba "Cómo tratar con los rebeldes de el Valle de Chiana". Y en él mostraba que la filosofía política estaba en el centro de su pensamiento:

“Particularmente para los príncipes, la historia es un manual de instrucciones de cómo actuar… Los seres humanos han tenido siempre las mismas pasiones y se han comportado de la misma manera… Siempre hubo los que mandaban y los que obedecían, algunos de buen grado y otros contra su voluntad”. No son precisamente visiones geniales, pero la falta de ilusiones queda muy clara. A Maquiavelo le gustó desde el principio exponerlo que consideraba que obedecía a leyes históricas universales. Con estos ladrillos, aparentemente ordinarios, de conocimientos construiría finalmente su fortaleza política inexpugnable. Pero tal fortaleza necesita de un príncipe que la

ocupe. Maquiavelo observa, significativamente, ya en su obra primera que: “Borgia posee uno de los atributos de los grandes hombres: es un oportunista astuto y sabe cuándo usar de la oportunidad en su ventaja”. (Irónicamente, la visión de Maquiavelo se agudiza aquí porque se da cuenta de que Borgia tiene sus ojos puestos en Florencia).

Maquiavelo hubo de encargarse de una segunda misión ante César Borgia desde octubre de 1502 hasta enero de 1503. Esta vez fue testigo de la horrible venganza que Borgia infligió a algunos de sus comandantes rebeldes. El incidente sirve de base al ensayo de

Maquiavelo "La traición del duque Valentino (Borgia) a Vitelli y otros", relatada a partir de su informe preliminar sobre lo que vio.

La toma de Urbino había procurado a Borgia una posición de poder; de demasiado poder, en opinión de su comandante Vitelli y otros oficiales de alto rango, quienes, desconfiando de la implacabilidad de Borgia habían roto con él y se habían aliado a sus enemigos, dejándole con los restos de su ejército. Borgia se embarcó inmediatamente en una campaña defensiva con el fin de proteger sus posesiones y ganar tiempo. Entretanto, secuestró grandes sumas de las finanzas

papales para levantar un nuevo y poderoso ejército, a la vez que maniobraba diplomáticamente con el objeto de dividir a sus enemigos, separando de sus aliados a Vitelli y sus cómplices conspiradores. Vitelli se percató pronto de dónde soplaba el viento y decidió pasarse con armas y bagajes al lado de Borgia. Se preparó la reconciliación, que tendría lugar en la pequeña ciudad de Senigallia en la costa del Adriático. Borgia despidió a las tropas francesas con el fin de tranquilizar a Vitelli y los otros y se presentó en Senigallia con un magro ejército. Allí recibió a Vitelli y sus capitanes “con semblante agradable…

saludándoles como a viejos amigos”. Mientras hacía esto, los iba separando de sus tropas hasta que pudo despacharlos sin ceremonias y arrojarlos a una mazmorra. Esa misma noche los hizo estrangular mientras “lloraban y suplicaban piedad, culpándose rabiosamente unos a otros”.

Este incidente sirvió de fuente de inspiración a Maquiavelo y a él se refiere en numerosas ocasiones; habría de tener un papel ejemplarizante en *El Príncipe,* donde se cuenta con detalle en el capítulo 7. De hecho, según Villari, este suceso y los meses pasados en la compañía de César Borgia dieron a Maquiavelo la idea de “una ciencia del

Estado separada e independiente de toda consideración moral”. Lo que Maquiavelo describe en “La traición del duque Valentino a Vitelli y otros” es *realpolitik*.

No debiera confundirse, sin embargo, su descripción de la *realpolitik* con la realidad. Maquiavelo era un artista que sabía vestir estéticamente sus ideas. En realidad, Borgia no despidió a sus tropas francesas a fin de tranquilizar a Vitelli, sino que fueron retiradas súbitamente, dejando a Borgia peligrosamente al descubierto, de manera que no le quedó a éste otra alternativa que huir hacia adelante con su bravata. La delegación

de Maquiavelo acompañó a Borgia durante ese viaje fatídico y revela en su informe original cómo la noticia de la retirada francesa “trastornó las mentes de esta corte”. Un embellecimiento similar son los llantos y recriminaciones de las víctimas; que no se mencionan en el informe original. La intención de Maquiavelo era ensalzar y profundizar en el carácter de Borgia, no que su idea apareciera como un engaño causado por el pánico.

Los ensayos y *descrizione* intentan comunicar la evolución de su filosofía política, pero muchos de estos trabajos adolecen de su insistencia en descubrir “leyes históricas universales” si bien

contienen numerosos ejemplos históricos y sucesos intensos que van desde asuntos contemporáneos de los que él mismo ha sido testigo hasta acontecimientos famosos de la antigua Roma. Los hechos no son sólo un adorno de la teoría, sino que le dan vida, y si no siempre fueron reales no significa esto ningún detrimento para la especulación. La filosofía política de Maquiavelo tiene poder y convicción propios. Pero ¿en qué consiste precisamente esta teoría?

En esos momentos, Maquiavelo sólo tiene un atisbo de lo que llegaría a ser, esto es, una ciencia independiente de la moral, como sugiere Villari. Sí parece

que tenía ya una idea que se iba desarrollando en su subconsciente, aunque todavía inarticulada, con una metodología que era poco más que una opinión que se iba endureciendo y una convicción tácita. Maquiavelo iba comprendiendo su filosofía a medida que entendía su materialización en ejemplos. Por el momento, César Borgia *era* la filosofía de Maquiavelo.

Como muchos intelectuales de antes y después, Maquiavelo se sentía hechizado por el hombre de acción despiadado. César Borgia era el estereotipo del monstruo gallardo, una especie pasada de moda en nuestra era de *führers* angustiados y austeros

genocidios de campesinos. Borgia no era un “exterminador” ordinario.

Los Borgia eran de ascendencia española, lo que explica su veta oscura de crueldad y depravación, según uno de los grandes historiadores del Renacimiento que escribieron en el siglo XIX, un periodo de prodigiosa erudición y racismo. El padre de César Borgia llegó a ser Papa con el nombre de Alejandro VI en 1492, por el sencillo método de comprar el papado, posiblemente la primera vez que así ocurrió, aunque ciertamente no la última. Alejandro no era propicio por temperamento al celibato que requería su vocación. Entre sus muchos hijos

estaban César, Juan (el favorito del Papa) y su hermana Lucrecia, legendaria envenenadora y organizadora de orgías en el Vaticano. (El hijo ilegítimo de Lucrecia fue engendrado por el Papa, o quizá por César, pues ni ellos mismos estaban seguros de por quién). César se convirtió en el favorito de su padre por el simple expediente de asesinar a quien ocupaba antes el puesto, su hermano Juan. Usurpó enseguida la otra función de Juan, la de comandante del ejército papal, lo que le permitió lanzar su campaña para conseguir un gran principado para sí en el centro de Italia. Así iban las cosas.

El hombre que Maquiavelo

observaba de cerca era una parodia peligrosa. “El hombre más guapo de Italia”, de un encanto cautivador, poseía una energía infatigable y era capaz de excitar a sus hombres con escenas de fina retórica y brillantez ampulosa; era a la vez un táctico militar de genio y un político brillante. Pero este príncipe de la luz del Renacimiento era también un príncipe de la oscuridad maníaco-depresiva. Reservado, tortuoso, proclive a rabias violentas e impredecibles, se sumía días y días en un desespero taciturno y nadie se atrevía a rescatarlo de su habitación oscura.

Maquiavelo veía en él un hombre capaz de todo. Nada le detendría si no

debilitaba o suavizaba sus métodos, si seguía la ciencia que llevaba al éxito sin consideraciones de piedad o moral. Sí, *había* un método en su inspirada locura y Borgia sabía cómo usarlo.

Alejandro VI murió en 1503 y el Papa que le sucedió era enemigo jurado de los Borgia. César Borgia fue arrestado y arrojado a una mazmorra. Liberado después de que renunciara a sus conquistas, huyó a Nápoles, fue de nuevo arrestado y embarcado hacia España encadenado, para escapar finalmente de su prisión-castillo en la lejana Francia. Maquiavelo observó como disminuía la estatura de su héroe: el gigante amoral entre los hombres

reducido a vulgar fugitivo. Maquiavelo estaba desconcertado, le repugnaba a la par que se sentía intrigado. El erudito deslumbrado dio paso al intelectual analista, su mente empezó a trazar la distinción entre el hombre y sus métodos y declaró que su antiguo héroe era "un hombre sin compasión, rebelde a Cristo… merecedor del más desgraciado de los finales". Pero sus métodos eran otra cosa: habían sido ciencia, una ciencia enteramente nueva, la ciencia de la política.

Mientras tanto, la política italiana proseguía con su caleidoscopio de alianzas y traiciones. La república de Florencia continuaba amenazada, y no en

menor medida por los Médicis, que buscaban apoyos para su restablecimiento como amos de la ciudad. A pesar de ser el secretario del Consejo de los Diez de la Guerra y, por lo tanto, la figura rectora en los asuntos militares florentinos, Maquiavelo no tenía ninguna experiencia militar real. (Los florentinos habían decidido hacía ya tiempo, sabiamente, que tales cuestiones no debían dejarse en las manos de los militares). Maquiavelo decidió, audazmente, poner en práctica una de las ideas de César Borgia y dispuso que Florencia reclutara su propia milicia entre sus ciudadanos y los de los territorios bajo su control.

Aunque Borgia lo había intentado ya en Urbino, la iniciativa de Maquiavelo fue recibida como un método muy discutible. La tradición de mucho tiempo italiana, de utilizar mercenarios para combatir en sus guerras, comenzaba a quebrarse por la aparición de ejércitos franceses y españoles que luchaban realmente por su país. Los mercenarios estaban acostumbrados a luchar entre sí, de manera que el defensor de Milán hoy podría muy bien estar de tu lado en el ataque a Florencia de la campaña siguiente y no tenía mucho sentido quitar de en medio a nadie con heridas innecesarias o masacres. Maquiavelo había podido observar de primera mano

todo esto durante una misión militar a las fuerzas florentinas que asediaban Pisa. El comandante mercenario había rehusado atacar la ciudad basándose en que era peligroso.

Maquiavelo recibió el apoyo del gobierno florentino a su plan de establecer la milicia y organizó una campaña de reclutamiento y el subsiguiente entrenamiento del nuevo ejército. Se estableció un nuevo y poderoso comité que se encargaría de estos asuntos, reconociendo su vital importancia, y Maquiavelo, con el apoyo de Soderini, fue elegido secretario.

Maquiavelo y Soderini trabajaban

ahora codo con codo para afianzar la seguridad de Florencia, pero los acontecimientos conspiraban en su contra. Pisa se rebeló una vez más y cortó el acceso de Florencia al mar por el Arno. La nueva milicia de lugareños y desocupados no era todavía una fuerza capaz de tomar una ciudad. ¿Qué se habría de hacer?

Maquiavelo se volvió hacia su principal ingeniero militar, un sabio de barba blanca transferido a Florencia desde el equipo de Borgia. Maquiavelo se había hecho amigo de este interesante personaje durante su misión cerca de Borgia y había pasado muchas horas felices discutiendo ideas con él ante una

botella de Chianti, una vez que su anfitrión se hubiera retirado a sus maquinaciones. El ingeniero militar tuvo una idea sensacional; su drástica originalidad encendió la mente de Maquiavelo.

El plan consistía nada menos que en alterar el curso del río Amo, desviarlo hacia un lago y excavar rápidamente un canal hasta la costa, en Livorno. De un golpe, Pisa se vería privada de agua y de acceso al mar, su ventaja sobre Florencia. El proyecto podría llevarse a acabo con sólo dos mil hombres en quince días, “si se les estimulaba lo suficiente”.

Maquiavelo, y después también

Soderini, estaban encantados con su sabio de alquiler, de nombre Leonardo da Vinci. Comenzaron los trabajos pero, al cabo de dos meses, las fuerzas de la cordura tuvieron que intervenir. El consejo de gobierno de Florencia se dio cuenta de que el plan era “poco más que una fantasía” y ordenó parar.

Este suceso revela un nuevo rasgo de Maquiavelo, una característica que tendría su papel en la formación de su filosofía política. El frío y observador intelectual no sólo era un inocente frente a los personajes de gran tamaño, como Borgia, sino que sentía una atracción fatal por las decisiones audaces. La gente se perdía en consideraciones de

moral y cautela, pensó, y así no se conseguía nada. Se necesitaba atrevimiento y la capacidad de ver y llevar a término grandes proyectos. Pero esta visión tenía sus inconvenientes. Al calor de la decisión podía pasarse por alto algún elemento vital y no sopesar adecuadamente la plausibilidad del plan. Esto significa que un proyecto puede terminar en la práctica como farsa. (Cientos de cavadores perdidos en una gran trinchera inundada mientras que el sabio residente se mesa las barbas). En la teoría política de Maquiavelo no ocurren tales desenlaces. La teoría puede quedar siempre como un proyecto tentador y ése había de ser el

gran atractivo de la amoral ciencia política de Maquiavelo: si fallaba en la práctica, la culpa era del ejecutor; la inadecuada aplicación de la teoría era lo que le había hecho fracasar, mientras que la teoría misma permanecía intacta. Otro asunto era si *podía* aplicarse adecuadamente alguna vez, pero, simplemente, no se hacía cuestión de su plausibilidad. (Esto explica tanto los defectos como la popularidad constante de muchas teorías políticas a través de los tiempos, desde el utilitarismo al marxismo. Los fracasos prácticos que ocurren en su nombre pueden ser siempre achacados a una aplicación incompetente o inadecuada).

Soderini consideró prudente enviar a Maquiavelo a otro largo viaje. Un tercer jugador había entrado por entonces en la arena de la política italiana. El Sacro Emperador Romano, Maximiliano I, se preparaba, a fines de 1507, para llevar sus ejércitos alemanes al norte de Italia, donde tenía un poderoso aliado en Milán, rival de Florencia.

Maquiavelo fue despachado tras los Alpes a la corte imperial de Maximiliano, pues Soderini no se fiaba de su embajador. Este viaje le llevaría seis meses a Maquiavelo y dio por resultado un informe que revela una profundización crucial en su comprensión de la política. Maquiavelo,

en su “Informe sobre la nación alemana” caracteriza a los alemanes de serios, ahorradores, a la vez que observa su primitivismo y su fuerza física y los presenta en un contraste positivo respecto de los italianos. (Los informes diplomáticos son todavía forzosamente escritos de esta manera políticamente incorrecta y racista, sólo que hoy se toman precauciones estrictas para que no sean publicados como obras literarias). Maquiavelo se expresa con admiración de las ciudades-estado alemanas, que pagaban salarios bajos y tenían así cuantiosos superávits. Esto les permitía mantener milicias propias bien equipadas, que podían reunir al servicio

de la nación en tiempos de peligro. Se admira del "poder de Alemania, abundante en hombres, riquezas y armas", pero, agudamente, nota que "la fuerza de Alemania reside más en sus ciudades-estado que en sus príncipes". Observa también una debilidad resultante de esto mismo; las ciudades-estado son lo suficientemente fuertes para defenderse a sí mismas, pero rara vez dan algo más que un tibio apoyo a su Emperador; si éste emprendía una campaña ambiciosa en el extranjero había en general escasa coordinación para el suministro de tropas desde las ciudades-estado. "Las ciudades-estado entienden que las adquisiciones logradas

en países extranjeros como Italia serían para beneficio del príncipe [el Emperador] antes que de ellos”.

Maquiavelo pudo al fin poner en pie su propia milicia a su regreso de Alemania y demostró ser un exitoso líder civil en lo militar, aunque su experiencia en este terreno seguía siendo estrictamente teórica (manuales de consulta, observaciones de Borgia, conversaciones con su famoso sabio-ingeniero, etc.) y desempeñó un importante papel en la reconquista de Pisa en 1509.

Nubes de tormenta se cernían sobre Italia. Maquiavelo fue enviado en 1511 a la corte francesa, ahora trasladada

ominosamente a Milán.

Hizo lo que pudo para disuadir a los franceses de comenzar una guerra importante que habría involucrado a la Santa Liga (Maximiliano y el Papa), los españoles, los franceses, Milán, Venecia e, inevitablemente, Florencia. “No entienden una palabra de política de Estado”, se quejaba Maquiavelo en público, pero una vez más, comprendió para sí la lección: cuando se es el poder en una política de poder no hay necesidad de negociar.

Los acontecimientos se desarrollaban rápidamente. El Papa se declaró opuesto a Florencia, indicando que era favorable a los Médicis para

regentes de la ciudad. Las fuerzas de la Santa Liga avanzaron y rodearon Florencia. La milicia de la ciudad rehusó combatir contra los españoles y los ciudadanos se levantaron en favor de los Médicis. Soderini tuvo que huir y Julián de Médicis entró en Florencia.

Éste era el fin para Maquiavelo. Despojado de su cargo por haber apoyado a Soderini, desposeído de su ciudadanía (una severa humillación pública), y multado con mil florines de oro (la quiebra, de hecho), fue desterrado de la ciudad y confinado en su pequeña propiedad once kilómetros extramuros al sur. Con sólo cuarenta y tres años, su vida estaba arruinada.

Pero lo peor estaba todavía por llegar. Cuatro meses más tarde, en febrero de 1513, se descubrió un complot para asesinar a Julián de Médicis. A uno de los conspiradores se le encontró una lista con veinte nombres de ciudadanos ilustres que podrían estar a favor de su causa si tenían éxito. Maquiavelo estaba en la lista y se dio orden de arresto.

Tan pronto como Maquiavelo sabe esto se entrega a las autoridades para poder protestar de su inocencia. Se le encierra en Bargello, la famosa prisión de la ciudad. Sentado en su celda puede oír el rezo de los curas y los aullidos de los conspiradores camino de su

ejecución. Tiembla en la oscuridad con un sudor frío, seguro de que es el siguiente. Pero antes es sometido a tortura en la variedad del *strappado*. Se atan las muñecas de la víctima por detrás de su espalda y se amarran a una cuerda que se hace pasar por una polea. Se le alza entonces de manera que cuelgue todo su peso de las muñecas uncidas y se suelta la cuerda de manera que la víctima caiga *casi* al suelo. La sacudida de dolor es atroz y existe la posibilidad de que los brazos de la víctima salgan arrancados violentamente de sus articulaciones.

Maquiavelo es sometido a cuatro dosis de *strappado,* el tratamiento de

costumbre como parte de los servicios ofrecidos por el sistema penal. A su mediana edad y de un físico no muy fuerte, Maquiavelo soporta bien la tortura y está orgulloso de que “Lo he sobrellevado tan cabalmente que me quiero a mí mismo por ello”. Pero sin duda causa su efecto en él y su teoría política pondría énfasis en la tortura. Un príncipe debería “ser objeto de temor constante debido a los castigos que puede infligir”. El dolor y el miedo a su posibilidad es lo que hay detrás de la sanción moral, de las leyes y hasta de los tratados. Maquiavelo sabía de qué estaba hablando y conocía este temor. He aquí una acción extrema que *sí había*

experimentado.

Maquiavelo fue liberado después de pasar dos meses en el Bargello y regresó desesperado a su pequeña finca. Allí vivió, en su laberíntica granja en medio de la belleza de las colinas toscanas, cultivando sus olivos y viñedos, supervisando la cría de sus pocas ovejas y cabras. Al caer el sol después de un largo día, solía retirarse a la taberna local para beber vino, charlar con el carnicero y el molinero, y jugar a las cartas. Aborrecía cada minuto del día y soñaba con volver a la verdadera vida, al mundo de los comités y las cortes, al rumor del poder y la intriga. Había sido alguien importante, ahora era

un don nadie.

¿Cómo podría llegar a congraciarse con los Médicis? ¿Cómo demostrar que todo lo que había hecho había sido en provecho de Florencia, no de ninguna facción política ni para desairar a los Médicis? Era un patriota, no un hombre egoísta. Escribió cartas de súplica, poemas adulatorios, consejo cortés y desinteresado sobre asuntos cotidianos. Todo fue desdeñado, tal y como él pensó que sería, aunque esto apenas suavizaba su amarga frustración.

Aún así, Maquiavelo tenía todavía un as escondido en la manga. Había sido un hombre de mundo; un negociador; había dirigido misiones a las cortes de

Italia; de Francia; de Alemania; ante reyes y emperadores. Los destinos de Florencia habían dependido de su habilidad. Sabía cómo se hacía la política. Había llegado la hora de asentar este conocimiento; de darle forma. Había llegado el momento de descubrir la ciencia que está detrás de los manejos cotidianos de la política. Establecería de una vez por todas las leyes de esta ciencia en un libro y cuando el libro llegara a las manos debidas, su poderoso propietario comprendería lo beneficioso de contratar a su autor.

Todas las tardes, Maquiavelo regresaba desde la taberna, rozando sus

zapatos de cuero gastado en medio de la noche silenciosa. Al final del camino, las estrellas horadaban la noche por encima de la silueta negra de su casa. “Al llegar a casa iba derecho a mi estudio. Me quitaba en la puerta la ropa del día, cubierta de barro y polvo y me ponía mis vestidos de corte. Apropiadamente ataviado, entraba en las cortes del pasado, donde era recibido afectuosamente y me sentaba a disfrutar del alimento para el que he nacido, que me es propio. Aquí no soy tímido y puedo hacer preguntas y exigir las razones de las acciones particulares, y las voces del pasado me responden cortésmente. Durante cuatro largas horas

no siento cansancio y olvido todas mis cuitas. Ya no le tengo miedo a la pobreza ni me desanima la idea de la muerte. Me dedico por entero a mis conversaciones”.

Maquiavelo completó *El Príncipe*, al calor de la inspiración, entre la primavera y el otoño de 1513. Toda la sabiduría que había adquirido —de los libros y al servicio de la república de Florencia— se fundía en una filosofía sencilla pero profundamente práctica. La amarga frustración le había despojado de toda ilusión y veía, como si por primera vez, la despiadada verdad que subyace a toda vida política. La visión que describía era clara y sin

concesiones: el mundo tal como es, y como siempre ha sido.

El Príncipe está dirigido a un soberano que gobierna un estado y le aconseja sobre cómo mantener su mando con la mayor eficiencia posible. Esta eficiencia es la ciencia política de Maquiavelo. Maquiavelo comprendió que la ciencia en cuanto tal no es ni ética ni compasiva. Funciona o no funciona. Y él fijaría la manera de cómo funciona la ciencia política.

Maquiavelo comienza por describir los diferentes tipos de estado y cómo afecta esto al gobierno del príncipe. Indica también cómo puede un príncipe conquistar un estado y cómo mantenerlo.

Por ejemplo, si un príncipe adquiere un estado en una región de idioma distinto, debe fijar allí su residencia. Ésa fue la manera como los turcos otomanos mantuvieron la Grecia bizantina. Otro método consiste en establecer colonias en los nuevos territorios. “Sirven como grilletes para asegurar el estado conquistado”. Así habían conservado los romanos las diferentes provincias de su imperio.

Maquiavelo continúa mostrando el contraste entre tipos de gobierno. Compara Turquía y Francia tal como eran gobernadas en su tiempo. El Imperio Turco es regido por un solo hombre y todos los demás son sus

siervos; divide su imperio en *sandjaks* (regiones administrativas), supervisadas por gobernadores a los que cambia de un lugar a otro según cree conveniente. En contraste con esto, el rey de Francia está rodeado por un grupo de nobles hereditarios, cada uno de ellos reconocido y amado por los súbditos de su dominio particular. Todos tienen sus prerrogativas y privilegios y el Rey puede despojarles de ellos sólo a su riesgo. Hace una comparación entre estos dos tipos diferentes de estados: el Imperio Turco es difícil de conquistar, pero una vez adquirido es fácil de mantener. Por contra, el reino de Francia es fácil de ocupar pero mucho más

difícil de conservar.

En el capítulo titulado “Para aquellos que toman el poder a través de crímenes”, Maquiavelo no duda en dar consejos acerca de la crueldad y de cómo infligirla. “Las crueldades impuestas inmediatamente, con el fin de asegurar la posición propia, están bien (si es que uno puede hablar bien del mal)”. Nótese esta última cláusula: Maquiavelo se tiene a sí mismo todavía por moral, aunque su consejo no lo sea. Es ésta una inconsecuencia interesante tan difícil de sostener como lo fueron los trozos de Francia conquistados frecuentemente por los ingleses. Pero es esencial acentuar un aspecto en favor de

Maquiavelo, uno obvio y a menudo pasado por alto (particularmente por ejecutivos despistados que leen *El Príncipe* en busca de recetas sobre cómo tener éxito en los negocios). El libro de Maquiavelo da consejos a un príncipe sobre cómo regir un estado y no es una guía de moral personal. Está dirigido a una rara clase de gente en circunstancias específicas. No es preciso decir que no es así como se le ha leído a través de los años. Ejecutivos ambiciosos, dignatarios bisoños y políticos han malinterpretado el mensaje particular de Maquiavelo (ignorado, quizá, por el propio Maquiavelo en su rabia y desesperación). Maquiavelo se

ocupa de las cualidades del liderazgo y puede que éstas sean las que él describe. Otra cuestión es si estas cualidades valen en otros niveles y en otras circunstancias; ¿desean estos maquiavélicos modernos regir algo parecido a una ciudad-estado del Renacimiento? Por otra parte, Bertrand Russell tenía toda la razón cuando definió *El Príncipe* como "un libro para gangsters". Las familias de la mafia sí se parecen a las ciudades-estado del Renacimiento en sus métodos políticos primitivos, aunque desgraciadamente no en su sofisticación cultural o en sus gustos.

Pero regresemos al baño de sangre

teórico. Maquiavelo recomienda: “Al hacerse con un estado, el conquistador debe considerar todos los castigos que ha de imponer y hacerlos todos a la vez, dé manera que no tenga que repetirlos día tras día. De esta manera se aquietará el ánimo del pueblo y podrá ganárselo a la hora de distribuir sus favores”. Quizá hay algo de perspicacia en esto, pero no se puede decir que sea un trozo de eterna sabiduría. En la segunda mitad de su breve libro se presenta Maquiavelo en toda su estatura, cuando describe las virtudes que todo príncipe debe poseer y los vicios que debe evitar si quiere mantener el poder. Éste es el centro del asunto: “*mantenere lo stato*” y

mantenerlo el mayor tiempo posible.

El nuevo gobernante debe hacer que su gobierno parezca bien establecido y permanente. “Los hombres deben ser tratados con generosidad o destruidos; pues tienden a vengarse de las pequeñas ofensas; las ofensas graves eliminan este inconveniente”. Esto le lleva a la pregunta: “¿Qué es mejor para un líder, ser amado o ser temido?”. Maquiavelo parece al principio guardar sus apuestas, pero no deja ninguna duda sobre su conclusión última: “Es lo mejor para un líder inspirar ambos, amor y temor, pero, dada la dificultad en mantener ambos a la vez, si uno tiene que elegir, es mejor ser temido”. Igualmente

pragmática es su comprensión de la naturaleza humana: “La mayoría de las gentes permanecen satisfechas en tanto no se les prive de la propiedad o del honor”.

Maquiavelo insiste en que la filosofía política debe evitar describir estados imaginarios y utopías utilizados por escritores anteriores para exponer sus ideas. Este género tenía ya una historia ilustre desde la *República* de Platón, aunque su epítome no aparecería hasta 1513, tres años antes de que Maquiavelo escribiera *El Príncipe,* cuando la *Utopía* de Tomás Moro acuñó esta palabra, que viene, significativamente, del griego y significa

“ningún lugar”. El género escogido por Maquiavelo, de libro con consejos a un gobernante, era una forma muy popular en tiempo del Renacimiento, particularmente entre estadistas de sillón en busca de un empleo. Pero, una vez más, en esto Maquiavelo es también diferente. Las circunstancias que describe en *El Príncipe* no son la de una utopía, ni ofrece tampoco un pulido consejo optimista propio de un literato oportunista. Maquiavelo insistía en hablar acerca de la realidad, de cómo la gente se comporta realmente y no de cómo debiera comportarse.

Por desgracia, la idea de la realidad de Maquiavelo era la política de las

ciudades-estado durante uno de los periodos más turbulentos y amorales de la historia de Italia. De aquí su incesante pesimismo y el nihilismo de su visión. Pero ¿qué importa si nuestra idea de la realidad política se encama en César Borgia, el alcalde de Coot Falls, Idaho, o el taller de oratoria de las Naciones Unidas? Maquiavelo habla de la situación extrema, como una realidad instructiva y también como la roca que subyace a toda política. ¿Es *El Príncipe* una parábola o más bien algo así como el subconsciente político que acecha furtivamente bajo los apretones de manos y los discursos conmovedores de la política contemporánea?

La respuesta a estas preguntas le concierne al príncipe mismo pues, para Maquiavelo, la forma como el príncipe se comporta depende de sus cualidades personales, lo que nos conduce al concepto de *virtù*. El uso que hace Maquiavelo de este término no debe entenderse en su significado habitual ético o religioso. La *virtù* de Maquiavelo (lo que él recomienda a su príncipe) no tiene nada que ver con la idea cristiana del bien y está totalmente desprovista de fe, esperanza y caridad. Tampoco tiene que ver con las ideas clásicas de virtud —justicia, fortaleza, templanza, prudencia—. Maquiavelo usa la palabra en sus raíces originarias: vir

(varón) y vis (fuerza), con connotaciones de virilidad. *Virtù* es potencia, poder y está próxima al concepto nietzscheano de “voluntad de poder”. Expresa dinamismo y fuerza, la audacia requerida para aprovechar el momento oportuno y seguir el camino sin titubear.

Maquiavelo admite que diferentes circunstancias exigen del príncipe que ejerza diferentes grados de *virtù*. Cuanto más difícil le resulte mantener su poder, más *virtù* necesitará.

Un nuevo gobernante debe tratar de dejarlas cosas intactas, en la medida de lo posible. Debe de haber un mínimo de interferencia con las instituciones bien

establecidas; deben estimularse las costumbres antiguas; debe permitirse que el pueblo hable su propio idioma. Cuanto mayor sea la ruptura, más probable es que la ruptura continúe. La gente podría hacerse ilusiones: si una ruptura trajo un nuevo príncipe, con igual facilidad podría traer otro.

Siempre se dará el difícil caso en el que el nuevo príncipe haya de destruir el estado del que se ha apoderado para asegurar su gobierno. Mejor ruinas humeantes y unos pocos supervivientes acobardados que reino ninguno, ésta es la idea de Maquiavelo. Esto ilustra un punto importante: el bienestar del estado es de importancia secundaria; la

preocupación primordial es para el príncipe la de durar. Tan ciego egoísmo es infantil, naturalmente, pero, tristemente, esta falta de madurez es demasiado importante. Muchos gobernantes actúan desde sus problemas de infancia no resueltos. Hitler, Stalin, Saddam Hussein; tales comportamientos voluntariosos son el problema cotidiano de los jardines de infancia.

No se considera siquiera la posibilidad de que un príncipe pueda vivir una vida tranquila sin agarrar todo lo que se le alcance. (¿Por qué no? Simplemente, porque esta opción no era posible entre las ciudades-estado en la Italia del Renacimiento. De nuevo,

Maquiavelo era realista en términos de su propio tiempo). Naturalmente, subyugar un estado destruyéndolo requiere un mayor grado de *virtù*, según Maquiavelo, aunque este cálculo de la *virtù* se multiplicaría hasta un extraño resultado. El príncipe con la mayor *virtù* reina sobre un vasto desierto de ciudades devastadas. (Salta a la mente el nombre del gobernante más virtuoso: Genghis Khan).

La *virtù* de Maquiavelo está relacionada con otros dos conceptos clave que el príncipe necesita si quiere tener éxito, y son los *de fortuna* y *occasione.*

Maquiavelo pretende que tenemos

control sobre un 50% de nuestro destino, el resto está en manos de la *fortuna*. Como siempre, en esto también intenta Maquiavelo ser realista. Los filósofos (tanto políticos como especulativos) ignoran, para su desgracia, el papel de la *fortuna*. Cuanto más se conoce la historia, más se observa que el accidente es un elemento importante. (Tal como Pascal lo expresa: "Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más pequeña, habría cambiado la faz del mundo"). Y basta estudiar las biografías individuales de Hitler, Napoleón o Stalin para ver cuántas veces el destino jugó en sus manos. Pero es ésta precisamente la idea a la que apunta

Maquiavelo. La *occasione* es ofrecida por la *fortuna.* Corresponde al príncipe reconocer la oportunidad que ofrece la *fortuna* y aprovechar su suerte. De igual manera, debe hacer lo posible por eliminar las oportunidades de sus rivales de actuar contra él. La *fortuna* debe ser utilizada lo más posible.

Lo último que un príncipe debe cultivar es la resignación, otro ejemplo de cómo una virtud filosófica es un vicio para un príncipe. Maquiavelo afirma específicamente que un príncipe “puede encontrarse con que lo que parece ser una virtud puede causar su ruina y que algo que se presenta como un vicio puede ser su salvación si insiste en él”.

Gobernar no es asunto del bien y el mal, sino una continua lucha entre la *virtù* poderosa y los caprichos de la *fortuna.* En línea con la tradición del pensamiento italiano (y de la propia lengua italiana), Maquiavelo entiende la *virtù* como esencialmente masculina *y fortuna* como femenina. “Es mejor ser impetuoso que cauto, porque la fortuna es mujer; y si pretendes tener control sobre ella debes tenerla a raya y golpearla”. Esta actitud neolítica quizá ofenda a la sensibilidad moderna, pero estereotipos de tebeo no debieran oscurecerla fuerza de lo que Maquiavelo está diciendo. Lo positivo no es exclusivo de ninguno de los dos géneros.

(Y la dura realidad del poder sólo, y en el mejor de los casos, sirve con hueca palabrería a lo políticamente correcto).

La fortuna favorece a los valientes, pero "el fracaso o el éxito radican en la adaptación a los tiempos". Esto quiere decir que el príncipe ha de estar preparado para cambiar de política de acuerdo con las circunstancias. La adhesión firme y súbita a un principio conduce necesariamente a la ruina. Y tampoco se debe depender de amigos; un príncipe "debe confiar sólo en sí mismo y en su propia fuerza y habilidad [*virtù*], y ha de buscar consejo sólo cuando él quiere y no cuando otros pretendan que lo tome". Maquiavelo concluye: "La

sabiduría popular cree que algunos príncipes de apariencia prudente no lo son por naturaleza, sino sólo porque han recibido buen consejo. No es verdad. Hay una regla infalible: Un príncipe que no es él mismo prudente no puede recibir buenos consejos, a menos que se ponga en las manos de un hombre muy prudente que cuida de todos sus asuntos. Estará bien aconsejado en este caso, pero no durará mucho tiempo, pues el hombre que gobierna en su nombre tomará pronto el poder en su estado".

Como siempre, Maquiavelo se mueve dentro de una visión pesimista de la naturaleza humana: "Los hombres son ingratos, veleidosos, cobardes,

avariciosos y envidiosos. Estarán contigo mientras tengas éxitos; te ofrecerán su alma, su propiedad, hasta su familia. Pero tan pronto como no les des nada que calme sus deseos se volverán contra ti”. Da una explicación psicológica: “Los deseos de los hombres son insaciables. Su naturaleza les inclina a desearlo todo, pero el destino sólo permite que disfruten de pocas cosas y el resultado es un permanente estado de insatisfacción que hace que desprecien lo que poseen”.

Ya los primeros filósofos; de Platón a San Agustín, tenían esta triste opinión sobre la naturaleza humana, pero su pesimismo se veía atemperado por la

posibilidad de redención (a través del idealismo o del cristianismo). Maquiavelo, habiendo sido testigo del comportamiento del Papa y de la Iglesia, prescindía de tales compensaciones.

El príncipe tiene que estar siempre en guardia, porque, tal como Maquiavelo expresó, “el profeta desarmado perece”, y esto lo entendía literalmente. Pretendía también que fuera tanto un consejo metafórico (es decir, el príncipe debe armarse también mentalmente) como una referencia a Savonarola y su destino. La actitud de Maquiavelo respecto de Savonarola es ambivalente, lo que es revelador. La parte sensual, cínica e iconoclasta que

había en Maquiavelo se había opuesto al gobierno teocrático y puritano de Savonarola y, sin embargo, sostenía que: "se debe hablar de tan gran hombre con reverencia". Savonarola era un hombre del espíritu, no había lugar para él en la política. La fe cristiana en Dios de Maquiavelo seguía siendo indiscutible, a pesar del nihilismo de su filosofía política, y era en todo consistente con el pronunciamiento de Cristo: "Dad al César lo que es del César". El gobierno del estado le corresponde incuestionablemente al César. (En italiano coinciden el nombre del Emperador y el de Borgia).

La filosofía política de Maquiavelo

parece ciertamente del todo amoral, pero en las penetrantes palabras del moderno maquiavelo por excelencia: “Maquiavelo ha sido tenido durante siglos por la encarnación del cinismo. Sus máximas describen el mundo como lo encuentra, no como desearía que fuese. En realidad tenía la convicción de que sólo un gobernante de fuertes principios morales es capaz de mantener un rumbo fijo mientras que hace las manipulaciones de las que, desgraciadamente, depende la supervivencia”. Pasando por alto lo que obviamente hay en esto de autojustificación, no hay duda de que Henry Kissinger tiene aquí un

argumento. Se le puede llamar el elemento tácito en la filosofía de Maquiavelo, la suposición sobreentendida. Por desgracia, a menos que se las exprese como un mandato amplio y claro, tales suposiciones tienden a ser pasadas por alto.

En una parábola característica de lo tortuoso, Maquiavelo insiste en que un príncipe debe comportarse como un animal. "Debe ser como el zorro y como el león, pues el león no se protege de las trampas ni el zorro de los lobos. Por lo tanto, debe ser como el zorro para protegerse de las trampas y como el león para protegerse de los lobos".

Con la fuerza de un león derrotará

todas las amenazas de dentro y fuera del estado. Ala vez, debe presentarse a su pueblo y al mundo con la astucia del zorro. “Debe dejar los asuntos ingratos para otros, los gratos para sí”. Debe parecer bueno, humano, clemente, en la medida que ello sirva a su reputación, pero siempre debe cuidar de que el temor sirva de disuasión tácita. La pompa y boato del estado, con las que se guarda distancia entre el gobernante y sus súbditos, le ayudarán a mantener este disfraz de nobleza y rectitud moral. Aquellos que están próximos a él verán a través de este disfraz pero se darán cuenta de la futilidad de cualquier intento de derrocar a alguien tan amado

de su pueblo.

Sin embargo, en otro lugar Maquiavelo sostiene: “El que construye sobre el pueblo construye sobre barro”. Quizá haya en esto inconsistencia, pero ya sabemos que ésta es una de las virtudes que ayudan al príncipe. Cuestión distinta es si es o no una virtud para un filósofo. Maquiavelo estaba interesado en lo que funciona, y no en la coherencia pulcra de la filosofía moral o de sistema.

De nuevo tropezamos con una de las hipótesis tácitas de Maquiavelo, esta vez de forma más turbadora. Maquiavelo tiene un programa oculto que se revela en toda su gloria en el

capítulo final titulado “Exhorto a la toma del poder en Italia y su liberación de los Bárbaros”. (Bárbaros equivale a extranjeros. Como siempre, Maquiavelo está en pro del realismo político más que de su corrección). ¿Y la inconsistencia perturbadora? Maquiavelo, en su diatriba patriótica, urge a su príncipe que destruya el yugo extranjero y unifique Italia; “para honor de sí mismo y prosperidad de todo el pueblo italiano” (el mismo al que antes había calificado de “barro”). Incluye emotivas referencias a la antigua Roma (“no ha muerto todavía el antiguo valor del corazón italiano”) y a César Borgia (“llamado por Dios a la redención de

Italia”). Y dice del propio príncipe: “No soy capaz de expresar con qué amor sería recibido en todo el país”. Éste era el príncipe instruido en cómo engañar al pueblo para recibir su amor. No en balde Mussolini escribió una introducción personal a *El Príncipe*.

El patriotismo de Maquiavelo es comprensible, aunque sus manipulaciones cínicas sean imperdonables. Italia no había estado unida bajo gobierno italiano desde el colapso del Imperio Romano, ocurrido más de un milenio antes. (Y no habría de serlo de nuevo hasta la llegada de Garibaldi, más de tres siglos después).

Veamos ahora los intérpretes de esta

gran epopeya. ¿Quién había de representar el papel estelar? ¿Quién sería el príncipe? Maquiavelo dedicó *El Príncipe* a Julián de Médicis, regente de Florencia. Julián sería el hombre que salvaría a Italia. Por desgracia; antes incluso de que Maquiavelo terminara el libro, Julián había dejado de ser regente de Florencia. Su primo Lorenzo de Médicis tomó el poder. Era lo mismo. No tenía mayor importancia quién dirigiría a los gloriosos y embaucados italianos contra la "odiosa tiranía bárbara" de los extranjeros. Lo realmente importante era la identidad de su consejero político y, en opinión de Maquiavelo, sólo había un hombre

capaz de este trabajo. El propósito de su libro había sido, sobre todo, recuperar el favor del regente de Florencia. (Una obra puede recibir inspiración de varios motivos; pero ello no resta valor a ninguno de ellos, salvo al motivo santo, una categoría ausente en *El Príncipe*).

Así, Maquiavelo optó por rededicar su libro, haciendo unos pocos cambios en el texto. Ahora, el "salvador de Italia" era "*il magnifico Lorenzo*" (no confundir con Lorenzo el Magnífico; que había muerto más de veinte años antes). Superada esta pequeña dificultad con los actores; Maquiavelo pudo dar término a *El Príncipe* con gran estilo.

Ahora le tocaba la difícil tarea de

entregar su libro a la persona a la que lo había dedicado. Maquiavelo estaba en desgracia y tenía muchos enemigos en la corte, de modo que le era imposible conseguir una audiencia con Lorenzo y sabía, por otra parte, que si el libro caía en manos de sus enemigos lo destruirían o se apoderarían de sus ideas y las harían pasar por propias.

Conviene señalar también que el propio libro presenta una dificultad igualmente insuperable. Según Maquiavelo; el príncipe no debe permitir que se piense que recibe consejo de otros sino que debe presentar estas ideas como propias; de modo que si Maquiavelo hubiera conseguido

presentar su libro a Lorenzo, puede que hoy estuviéramos delante de *El Príncipe,* por Lorenzo de Médicis.

Este dilema Bacon/Shakespeare no llegó por el momento a presentarse. Maquiavelo siguió en desgracia, desdeñados sus esfuerzos por congraciarse. Entretanto, se dedicó a escribir otras obras, con una finura de estilo que le granjearían un lugar de honor en la literatura italiana. Su obra teatral *La Mandragola (La Mandrágora)* es una farsa con una trama cliché propia de una ópera (beldad virtuosa, marido viejo, joven fauno, etc.). Pretendía ser una sátira de los turbios comportamientos de la época,

particularmente entre el clero. Maquiavelo bebía de sus propias experiencias.

Los *Discursos* de Maquiavelo están generalmente encuadrados como criticismo del gran escritor latino Livio y su historia del Imperio Romano. En realidad, los *Discursos* son otra obra de teoría política. No escribió este libro al calor blanco de la desesperación y muchos piensan que su visión político-filosófica es más mesurada que la de *El Príncipe y* está más próxima al pensamiento auténtico de Maquiavelo. Difiere de *El Príncipe* en cuanto que es más plausible, madura y moderada, cualidades éstas menos llamativas y que

influyeron en que *El Príncipe* la eclipsara.

Maquiavelo afirma en los *Discursos* su fe en el sistema republicano de gobierno, en particular el practicado en la república de Roma. Esta vez escribe desde el punto de vista del ciudadano, dándoles consejos de cómo manejar los asuntos, en particular de cómo lograr la libertad dentro del estado. Sigue los principios establecidos por Aristóteles: la libertad individual y el autogobierno pueden alcanzarse sólo dentro de un estado que es también libre y autónomo. Cree en el colectivismo (en otras palabras, cuando escribe para el pueblo cree en el poder del pueblo). Vista su

actitud en *El Príncipe,* sorprendentemente sostiene: “el pueblo es más prudente, más estable y tiene mejor juicio que el príncipe”. Pero hay un elemento vital presente en ambas obras y que está más allá de toda teoría política: la suerte, o el destino. Maquiavelo pone énfasis en que siempre es necesaria la fortuna. Igual que el príncipe, el pueblo precisa de la *virtù,* aunque en este caso la parte nietzscheana individualista y libre de escrúpulos queda relegada en favor de la virtud cívica, la fibra moral y la fuerza colectiva.

Lorenzo de Médicis muere en 1519 y le sucede el cardenal Julio de Médicis.

La fortuna le sonríe a Maquiavelo. Consciente de la experiencia de Maquiavelo, Julio le envía en una misión secundaría a la vecina ciudad de Lucca. Maquiavelo realiza su trabajo con éxito y regresa a Florencia lleno de esperanza. Ha demostrado su lealtad a los Médicis y está seguro de que le colocarán en una posición elevada. En vez de esto, Julio le nombra historiador oficial de la república de Florencia, con un salario de 57 florines de oro, lo que le daría al menos seguridad pecuniaria. Maquiavelo ocultó su desilusión y comenzó con su tarea oficial de escribir una historia de Florencia. Su problema de entrada era que tenía que escribir su

Historias florentinas sin ofender a los Médicis, que habían tenido un papel importante y lejos de intachable en esa historia. Tal y como Maquiavelo aconsejaba a un colega funcionario: “Si alguna vez necesitas esconder un hecho con palabras, hazlo de manera que no se sepa y, si se llega a saber, asegúrate de que tienes lista una defensa rápida”. Por desgracia, su amigo el gran historiador Guicciardini habría de revelar más tarde muchos hechos que Maquiavelo había embellecido, pero Maquiavelo no vivía ya y no podía dar “una respuesta rápida”. Las *Istorie fiorentini (Historias florentinas)* de Maquiavelo se leen mejor como literatura.

Julio de Médicis renunció al gobierno de Florencia para convertirse en el papa Clemente VE. Eran tiempos de nuevo difíciles para Italia; dos años más tarde se quebraría el equilibrio del poder en la península italiana. Carlos V, rey de España y Sacro Emperador Romano amenazaba toda la península. Maquiavelo fue encargado de fortificar Florencia y viajó con el ejército para unirse a Guicciardini, que era capitán de las fuerzas papales.

Para nada. Carlos V saqueó Roma en mayo de 1527. Maquiavelo supo, simultáneamente, que los ciudadanos de Florencia se habían levantado contra los Médicis y establecido una nueva

república. Ahora sí que le sonreía la fortuna. Maquiavelo se aferró a la ocasión con ambas manos y regresó a Florencia a toda prisa confiando en que finalmente se le repondría en un alto cargo. Pero, otra vez más, se vio decepcionado. Esta vez se hallaba en desgracia ¡por haber apoyado a los Médicis!

Este último revés fue decisivo y Maquiavelo enfermó. Siempre con dificultades económicas y perdidas las esperanzas, fue atendido por los pocos amigos que le quedaban. Después de haber solicitado y recibido los últimos sacramentos, murió al mes siguiente, el 21 de junio de 1527, a la edad de


cincuenta y ocho años.

Epílogo

Maquiavelo fue un personaje tortuoso, maquinados mentiroso y poco de fiar y abogó en *El Príncipe* por este tipo de conducta. Puso al desnudo una cierta verdad sobre la naturaleza humana, tocando así un punto muy sensible. Los hombres no podían ser tan malos, nadie es capaz de comportarse como el príncipe de Maquiavelo. Todos se pusieron de acuerdo (especialmente la

Iglesia) en que era, sin duda, obra del diablo. Maquiavelo fue literalmente demonizado. "Old Nick", un nombre popular inglés para el diablo, se deriva directamente de Nicolás Maquiavelo. Su nombre se extendió por Europa como sinónimo del mal. A sólo treinta años de su muerte, apareció con este sentido en lugares tan lejanos como Inglaterra, de manera que antes del final del siglo XVI era tan familiar para el público que Shakespeare pudo usarlo en *Las alegres comadres de Windsor*: "¿Soy un político? ¿Soy sutil? ¿Soy un Maquiavelo?". (Hay incluso quien pretende que Maquiavelo fue el modelo de Yago en *Otelo*).

¿Por qué tanto alboroto? Sin saberlo, Maquiavelo se estaba apuntando a un importante papel póstumo, que fue el de peón en la gran lucha que dividió a la Iglesia y asoló Europa durante los siglos XVI y XVII, la Reforma. Su nombre sirvió de epítome de la corrupción italiana de la Iglesia y se usó en la guerra propagandística por las fuerzas del norte de Europa que se esforzaban por establecer el protestantismo. Shakespeare no se habría referido a Maquiavelo como lo hizo si Inglaterra hubiera permanecido católica. ¿Pero era esto todo?

No. Maquiavelo ponía al descubierto una división aún mayor.

Desde los comienzos de la filosofía, los pensadores habían supuesto implícitamente que los seres humanos son esencialmente iguales. Había una naturaleza humana universal, lo cual implicaba una forma ideal de sociedad en la que todos los seres humanos vivirían de la mejor manera. Platón intentó describirla en La *República.* Otros también sugirieron maneras de mejorar la sociedad humana para bien de todos. Y en los siglos posteriores a Maquiavelo, los pensadores de la Ilustración, confiados en una armonía última de los valores humanos, se esforzaron por encontrar los principios básicos de la naturaleza humana y una

sociedad en la que se expresaran estos principios (la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica es un buen ejemplo). Intentos más científicos de crear sociedades igualmente armoniosas surgieron con el marxismo, el colectivismo y muchos movimientos socialistas. En verdad, la creencia de que podemos vivir juntos en paz, amor y armonía persistió hasta 1960 y aún después.

Mucho antes de todo esto, Maquiavelo había ya mostrado la imposibilidad de tales proyectos; sugiere en *El Príncipe* que existe una contradicción entre gobernar (o servir a) un estado y llevar al mismo tiempo una

vida moral. Para regir eficientemente un estado es preciso olvidarse de la moral. *El Príncipe* hacía saltar la pregunta: ¿puede un príncipe utilizar las armas de la hipocresía, el engaño y hasta el crimen, y a la vez respetar en lo personal la ética del cristianismo? En otras palabras ¿es posible gobernar sin moral y seguir siendo una persona moral?

La historia, desde los papas Borgia hasta Pol Pot, sólo ha proporcionado una respuesta desagradable y tristemente evidente a esta pregunta, que tendría por resultado una profunda contradicción. Significa que lo que nos queda es un pluralismo ético, como ha señalado el

gran filósofo político del siglo XX, Isaiah Berlin. No hay una solución objetiva al problema de cómo debieran vivir los seres humanos. ¿Cómo debemos conducirnos? La falta de respuesta es ensordecedora y horrible.

¿Entonces? Grupos de hombres sienten y sentirán la necesidad de formar sociedades en las que las gentes vivan de modos muy diferentes. Estas sociedades podrán ser fascistas, comunistas o democráticas, incluso tiránicas y hasta anárquicas. Casi todo es posible. Sólo hay que mirar a la historia —desde los baños de sangre autodestructores de los sacrificios humanos mayas hasta "comunidades de

ermitaños” de diseño— para darse cuenta de las infinitas posibilidades que tiene la inventiva humana en esta materia. No hay un criterio común según el cual tomar una decisión racional sobre los méritos de estas distintas sociedades. Si la moral y la ciencia de la política van separadas, tal y como lo mostró Maquiavelo, no contamos con una vara de medir que nos permita un juicio universal, lo que quiere decir que la Alemania de Hitler está al mismo nivel que la Gran Bretaña parlamentaria.

Todo esto es profundamente deprimente. Sin embargo, se origina en un punto obvio, del cual somos todos conscientes en la era post-freudiana. La

psicología humana no es racional ni coherente, mientras que todo sistema moral o de gobierno debe ser racional y coherente. La realización personal y la experiencia pública *deben necesariamente* entrar en conflicto.

Maquiavelo fue el primer escritor en señalar una desabrida verdad sobre la condición humana. No fue un gran filósofo, sino simplemente un teórico realista de la política. Pero su pensamiento puso a la humanidad cara a cara con una de sus más profundas, y al parecer insoluble, dicotomías.

De los escritos de Maquiavelo y otros comentarios

Todo aquel que dé forma a un Estado y le proporcione sus leyes ha de dar por supuesto que todos los hombres son malvados y que actuarán de acuerdo con la maldad de su espíritu siempre que les sea posible.

MAQUIAVELO, *Discursos*

Tampoco el papado ha estado nunca en capacidad de conducir una política cristiana, y cuando los reformadores se ven envueltos en política, como le ocurrió a Lutero, se ve que son tan seguidores de Maquiavelo como cualquier inmoralista o tirano.

NIETZSCHE, *La voluntad de poder*

Una gran parte de la deshonra asociada convencionalmente con el nombre de Maquiavelo se debe a la indignación de los hipócritas,

que odian el reconocimiento franco de su maldad.

BERTRAND RUSSELL, *Historia de la filosofía occidental*

Las guerras comienzan cuando se desea, pero no terminan cuando se quiere.

MAQUIAVELO, *Historias florentinas*

La única manera de protegerte de los aduladores es hacer creer a la gente que no te importa que te digan la verdad. Pero si cualquiera puede decirte

la verdad, pierdes el respeto.

MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Uno puede salvar su propia alma, o bien fundar, mantener o servir a un Estado grande y glorioso; pero no siempre ambas cosas a la vez.

ISAIAH BERLIN, en su ensayo sobre Maquiavelo

Es probable que el fascismo deba sus rasgos paramilitares iniciales a Maquiavelo; en los primeros años del fascismo es

cuando es más evidente la influencia de Maquiavelo sobre Mussolini.

LAURA FERMI, viuda del gran científico italiano y biógrafa de Mussolini

Maquiavelo fue el más grande de los filósofos italianos… el maestro de todos los maestros de la política… pero no sentía el suficiente desprecio por la humanidad.

BENITO MUSSOLINI

Marx definió la política

como “el arte de lo posible”; dos siglos antes, Maquiavelo había inventado la *realpolitik*.

> Las gentes debes ser tratadas o con generosidad o destruidas. Pueden vengarse de las ofensas leves, no de las graves.
>
> MAQUIAVELO, *El Príncipe*

Esta recaída en el más cruel maquiavelismo es incomprensible para alguien que hasta ayer creía en la consoladora certidumbre de que la historia humana se mueve a lo

largo de una línea ascendente de progreso material y cultural.

LEÓN TROTSKY, en su biografía de Stalin

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a. C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final siglo VI a. C.	Muerte de Pitágoras.

399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
ca. 387 a. C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a. C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.
324 d. C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d. C.	San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.
410 d.	Los visigodos saquean Roma,

C.	anunciando el comienzo de la Edad Media.
529 d. C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.
1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la

sabiduría griega.

1543 Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes),* donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol.

1633 Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.

1641 Descartes publica sus *Meditaciones*, inicio de la filosofía moderna.

1677 La muerte de Spinoza hace

posible la publicación de su *Ética*.

1687 Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad.

1689 Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.

1710 Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, conquistando nuevos campos para el empirismo.

1716 Muerte de Leibniz.

1739-1740	Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos.
1781	Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.
1807	Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.
1818	Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*, introduciendo la filosofía hindú en la

metafísica alemana.

1889 Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.

1921 Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus*, proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.

1920-1929 El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.

1927 Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo),* anunciando la brecha entre las filosofías analítica y

continental.

1943 Sartre publica *L'être et le néant (El ser y la nada),* adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.

1953 Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Cronología de la vida y época de Maquiavelo

1469 Nace Nicolás Maquiavelo (Niccolò Machiavelli) en Florencia. Lorenzo el Magnífico se hace con el poder en la ciudad.

1478 Fracasa la conspiración de los Pazzi; Lorenzo se salva por poco de ser asesinado.

1492 Muerte de Lorenzo el Magnífico. Colón descubre América. Alejandro VI, padre de César Borgia, es elegido Papa.

1494 Carlos VIII, rey de Francia, entra en Florencia con sus tropas. Savonarola toma el poder en Florencia.

1498 Savonarola es juzgado, colgado y quemado en Florencia. Maquiavelo es elegido secretario de la Segunda Cancillería y, luego, secretario de los Diez de la Guerra.

1500 Maquiavelo dirige una misión diplomática a Francia.

1501 Maquiavelo casa con Marietta di Luigi Corsini.

1502 César Borgia toma Urbino. Maquiavelo en misión a la corte de Borgia.

1503 Borgia asesina a Vitelli y sus cómplices. La muerte del papa Alejandro VI marca el declive de la buena fortuna de César Borgia.

1505 Maquiavelo establece la milicia florentina.

1508 Maquiavelo es enviado en misión a Alemania.

1512 Se rompe el equilibrio del poder en Italia. Florencia asediada. Soderini huye y los

Médicis vuelven al poder. Maquiavelo es despojado de su cargo y desterrado.

1513 Maquiavelo se ve implicado en un complot para derrocar a Julián de Médicis. Liberado de prisión después de ser torturado. Maquiavelo regresa a su finca y escribe *El Príncipe*.

1523 Julio de Médicis, nuevo regente de Florencia, envía a Maquiavelo en una misión secundaria.

1527 El equilibrio de las potencias en Italia se quiebra de nuevo y Roma es saqueada. Fin del

gobierno de los Médicis en Florencia. Maquiavelo regresa, no se le ofrece ningún cargo y muere el 21 de junio.

Lecturas recomendadas

- Isaiah Berlin, *The Proper Study of Mankind (Un estudio justo de la Humanidad*) (Farrar, Strauss & Giroux, 1998). Contiene el grande y magnífico ensayo de Berlin sobre Maquiavelo.
- Sebastian De Grazia, *Machiavelli in Hell (Maquiavelo en el infierno)* (Vintage Books, 1994).

La última premiada biografía, más una meditación imaginativa e inquietante sobre *El Príncipe* de Maquiavelo que sobre su vida.

- Niccolò Machiavelli, *Florentine Histories (Historias florentinas)* (Princeton University Press, 1990). De lectura fascinante, si bien un poco avara con la verdad. [*Historia de Florencia,* Madrid, Alfaguara, 1978].
- Niccolò Machiavelli, *The Prince and Other Political Writings (El Príncipe y otros escritos políticos)* (Everyman's Library, 1995). Texto íntegro de la obra maestra, con

notas útiles; incluye también trozos sobre Val de Chiana, la traición de Borgia, etc. [*El príncipe y otros escritos,* Barcelona, Iberia, 1970].

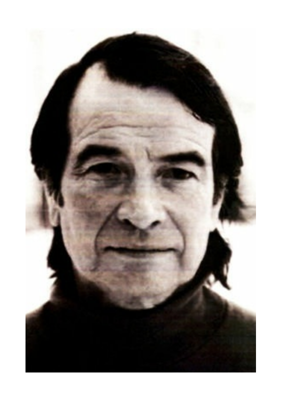
- Paquale Villari, *The Life and the Times of Niccolò Machiavelli*, 2 vols.
- (*Vida y época de Nicolás Maquiavelo*) (Scholarly Press, 1972). Pasado más de un siglo desde que apareció, es todavía la obra fundamental. [*Maquiavelo,* Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1984].

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

1. Aristóteles en 90 minutos
2. Berkeley en 90 minutos
3. Confucio en 90 minutos
4. Derrida en 90 minutos
5. Descartes en 90 minutos
6. Foucault en 90 minutos
7. Hegel en 90 minutos
8. Hume en 90 minutos
9. Kant en 90 minutos
10. Kierkegaard en 90 minutos
11. Leibniz en 90 minutos
12. Locke en 90 minutos
13. Maquiavelo en 90 minutos
14. Marx en 90 minutos
15. Nietzsche en 90 minutos
16. Platón en 90 minutos

17. Russell en 90 minutos
18. San Agustín en 90 minutos
19. Sartre en 90 minutos
20. Schopenhauer en 90 minutos
21. Sócrates en 90 minutos
22. Spinoza en 90 minutos
23. Tomás de Aquino en 90 minutos
24. Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublín, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla

griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de

dos docenas de idiomas. Es el autor de los *best-sellers Los Medici: Padrinos del Renacimiento, Napoleón en Egipto*, y *El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica*. Su más reciente trabajo *El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova* salió en mayo de 2012.

Strathern fue profesor en la Universidad de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y Opajoke.